

**UN APASIONADO DIVULGADOR DEL QUIJOTE:
ALBERTO GERCHUNOFF**

Carlos Orlando Nallim

Alberto Gerchunoff se inscribe en el mundo del periodismo. A la base del periodismo, conviene recordarlo, está la noticia; y la noticia es conocimiento que se transmite, es comunicación. Es actualidad, mejor, suceso de actualidad que se transmite a un amplio público. Por eso el diccionario resume el concepto de noticia así: "cualquier suceso o novedad que se comunica". Pero el periodismo es, además de información, crónica, relato histórico, etc. Una cosa es el "cazador" de noticias, otra su intérprete, el intelectual que las desentraña. En ambos casos podemos hablar de "periodista", pero, sólo en el segundo, podemos hablar de "escritor". El periodismo no puede quedarse en el anuncio de hechos extraordinarios o de interés para el lector medio, acude también a hombres de conocimientos especializados para explicar la noticia. El periodismo influye así grandemente en la sociedad. La noticia y la opinión que suscita son de paralela importancia y de evidente influencia social. De hecho, en los periódicos hallamos periodistas en el sentido limitado de la palabra, verdaderos técnicos del periodismo

esquemático, y escritores, que cumplen una función totalizadora en el medio de comunicación.

Se afirma y no sin motivo que, entre otras, las razones en las que se apoya el periodismo son las de informar, interpretar, orientar y entretener. Gerchunoff fue un periodista consciente y sus atributos de tal están a la vista en su obra. El tema le preocupó a su yerno y "albacea", Manuel Kantor, quien llegó a afirmar: "Tenía la absoluta certeza de que, por el contrario, el periodismo le había hecho realizar una gran obra literaria, y que el haberla desparramado durante su existencia por América, impedía ver su real dimensión, hasta que no se la ubicara y ordenara"¹. Como vemos, este recopilador y admirador del autor incluye la labor periodística de su suegro como patrimonio importante y de peso en la obra literaria propiamente dicha; y, para avalar su opinión, cita al propio Gerchunoff, quien en una conferencia dictada en la Universidad de Chile dijo: "Es falso que el periodismo anule al escritor. Al contrario, generalmente se comienza por ser periodista y se termina en escritor. El periodismo nos sirve de prueba, de disciplina y de yunque en que se aprende a pensar claro y a escribir con orden, además de que el periodismo significa vida, sacrificio, lucha".

Hechas estas aclaraciones preliminares e importantes, podemos abordar el tema que nos preocupa en la obra de Gerchunoff, la presencia e influencia del *Quijote* y su tarea de divulgador de este mundo poético. Empezaremos por *La jofaina maravillosa*, donde en el prólogo, que simplemente titula "De lo que estas páginas tratan", nos advierte, entre otras cosas, que "tal vez al recorrer estas páginas tímidas, quieras conocer las historias del caballero triste, de sus tristes amores y de sus bravos hechos. Entonces tocarás la felicidad. Sólo te pido que no olvides que soy el mediador de tu buena fortuna"².

1 Manuel KANTOR. "Obra y anecdotario de Alberto Gerchunoff", apéndice de *El hombre importante*, de Alberto GERCHUNOFF. Buenos Aires, Hachette, 1960. p. 137.

2 Alberto GERCHUNOFF. *La jofaina maravillosa*. *Agenda cervantina*. 3a. Buenos Aires, M. Gleizer, 1927. p. 11.

El libro comprende una primera parte titulada "Nuestro señor Don Quijote" y una segunda, "Perfiles Cervantinos", además de un epílogo y acotaciones. Nos detendremos en "Nuestro señor Don Quijote", que es una conferencia, se nos aclara, leída el 23 de abril de 1913. La inclusión de una conferencia en un libro no debe extrañar al lector de Gerchunoff. Ante este tipo de procedimiento, el citado señor Kantor, en su "Obra y anecdotario", dice terminantemente: "Los índices de sus libros demuestran que varios fueron hechos con sus ensayos publicados en revistas y diarios o preparados como conferencias". Hasta aquí no tenemos objeción que hacer, pero parece que el compilador tuviese dudas sobre la calidad de estos libros y se siente en la necesidad de justificarlos: "Por otra parte, la nobleza de creación en su estilo periodístico destruye todo prejuicio sobre una diferencia entre su trabajo diario y el de sus libros".

Nos entera el autor que su primera lectura del *Quijote* se sitúa en su incipiente adolescencia, recién llegado a Buenos Aires, cuando un asturiano "enjuto y parlero" se lo hace conocer. El niño-obrero se ve desde entonces solicitado por la permanente presencia del héroe que acaba de descubrir. "Raídas las tapas, grasientas las páginas, borradas las estampas, tenía todas las noches delante de mis ojos ávidos al caballero de la Triste Figura, cabalgando en el flaco rocín por tierras de la Mancha (...) Y cuando llegué al pasaje en que el valeroso caballero salvaba al niño aullante tras un árbol, bajo el látigo de su amo feroz, llenéme de gratitud sin fin hacia su alma resplandeciente, enloquecida de misericordia y desequilibrada por la misma virtud que la hacía heroica" (p. 17-18). Ya en las aulas de la escuela secundaria, el libro seguía unido al joven alumno. No era ya el tomo raído del principio, ahora era un tomo pequeño, fácil de ocultar en el bolsillo si era necesario. Más que las ciencias eran las letras y en especial *Don Quijote* lo que llamaba su atención. El misterio de una caballería ya extinguida, lo extravagante, lo bello y lo heroico.

La relectura del libro alteró sus primitivos puntos de vista. Lo cómico se iba escabullendo; la relectura reflexiva

... en edad reflexiva se "agravaba en noble tristeza . La obra maestra crece a la par que los individuos. Se transforma con ella y, de alguna manera, termina siendo reflejo de nuestra dolorosa existencia. Si el libro llegó a ser universal es porque encierra el símbolo de nuestros anhelos. Nos alecciona así a vivir heroicamente y despierta en lo grosero y en lo ínfimo los ímpetus grandes, los absurdos admirables, gracias a los cuales pueden andar por las calles y mirar con desprecio genial, los que tienen el espíritu al ras del suelo" (p. 25).

Gerchunoff llega a afirmar que don Quijote es consciente de su mal pero no se preocupa por curarlo porque es bello. Y su afirmación encuentra buena base en la famosa respuesta que el héroe da al duque que lo interroga sobre si Dulcinea es una mujer imaginaria: "-En eso hay mucho que decir -respondió don Quijote-. Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo, o si es fantástica, o no es fantástica; y éstas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré ni parí a mi señora, puesto que la contemplo como conviene que sea una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo..."³. Por esto el autor sostiene que la verdadera psicología de don Quijote es la del sonámbulo. Recordemos que Gerchunoff no fue universitario ni sabía griego ni latín, sin embargo fue un destacado escritor. Llegó a manejar estupendamente una lengua aprendida, de niño, en las colonias de inmigrantes judíos de Moisés Ville (Santa Fe) y Rajil (Entre Ríos) y que, adolescente y joven, limó decididamente en Buenos Aires. Psicología del sonámbulo (somnus - ambulare: el que se pasea durante el sueño), pero no el del individuo dormido de ojos abiertos y extraviados que realiza una serie de actos automáticos sorprendentes. Creemos que es más que eso. El autor habla de "sonambulismo grandioso". Se refiere, nos parece, a quien se deja llevar o por la idea o por el sueño obsesionantes o por alguna influencia externa que lo hechiza, sin la mayor

³ En esta cita no seguimos a Gerchunoff sino la edición del Quijote de Martín de Riquer.

reflexión o crítica sobre sí mismo.

A este escritor, apasionado devoto de *Don Quijote*, no le pidamos medida u objetividad cuando trata el momento histórico. Cervantes podía "transparentar en forma verídica la síntesis de la época" (p. 37); pero la época es tenebrosa. "Felipe II recubre lo militar de su espíritu con lo monjil, y lo religioso tiene mengua en lo marcial" (p. 38); "la corte es una escribanía inmensa, en que el pensamiento se disimula en padrenuestros, y no pudiendo realizarse el propósito del reinado, éste se concreta en las piedras macizas del Escorial" (p. 39). Los ejemplos de su apasionamiento pueden multiplicarse pero bástenos con lo dicho y con el atrevimiento de suponer así al tío de la mujer de Cervantes en Esquivias: "sacerdote infaltable en las familias rurales de rango, que mezcla a los latines de la misa letras de usura y arriendos de ginovés, no le arma discordia por informal". Ningún dato biográfico cierto avala la aseveración de que el tío de la mujer terminara con la plácida vida conyugal de Cervantes... Después de la execración contra la España "filipisca" y sus demonios, la exaltación: "la lanza y la espada de Don Quijote eternizarán más allá del océano, más allá de los siglos, a la España creadora, a la España genésica de las epopeyas, cuyas estrofas son mundos descubiertos y continentes conquistados" (p. 43).

Entusiasmado con el libro y su autor le cuesta poco llegar al ditirambo. Pongamos un solo ejemplo: "Y pudo reflejar tanta riqueza genial, tanta historia de almas y de épocas en el libro cardinal, precisamente porque no era literato. Era algo distinto. Era escritor, es decir garra creadora pura, vitalidad misma, calor humano que vibraba en la punta de su pluma, como un grito inmenso a flor de labios..." (p. 44). La alabanza no es exagerada, lo que llama la atención es su arrebatado entusiasmo.

Si de arrebatos hablamos, si de entusiasmos buscamos ejemplos, recaemos en el final de esta conferencia que como capítulo inicial abre e introduce en *La jofaina maravillosa*: "¡Benditos sean aquellos molinos que descubrió su lanza! Sus largas aspas envuelven nuestras almas en vientos de honda poesía. Sobre los llanos desolados de la existencia,

... sus siluetas, divinizadas de romántica luna, se recortan en panoramas imaginarios... Acójase a su sombra el garrido mocetón que busca aventuras para probar el temple de su espada y de su ánimo; embístalos, desbriando hacia su imagen quimérica el rocinante de sus sueños inspirados... y así vencedor en el amor y en la muerte, prodigioso de absurdos magníficos, su fama será el rescate de las amarguras, cuando en los venideros tiempos lo glorifique Cide Hamete Benengeli...".

¿Poesía del periodista-escritor? ¿Cuántas veces se ha dicho que el *Quijote* es un juego, una ilusión? Que tras su apariencia cómica hallamos un venero de reflexiones filosóficas que nos asombran. Que tras aparentes frivolidades, se esconde una médula no siempre fácil de aprehender. No sabemos si Gerchunoff había leído a Amiel, pero seguramente hubiese entendido aquella frase de su *Diario*: "Nos alimentamos más de ilusiones que de cosas". Etimológicamente, ilusión es sinónimo de ironía y de engaño; pero, a diferencia de la quimera, supone cosas existentes, y se refiere a la manera en que se nos muestran, nuestra mente se deja engañar. El autor vio la ilusión o, mejor, notó el caudal de ilusiones presentes en el *Quijote* y se divirtió con ellas, reflexionó sobre ellas, trató de seguir el juego de Cervantes, de adivinarlo, admirándolo siempre.

El grueso del libro se desarrolla con el nombre de "Perfiles cervantinos". Se trata de una serie de notas más o menos breves, en las que toca un tema relacionado con el *Quijote* o con alguna otra obra del alcalaíno. Su devoción por Cervantes lo lleva en varias ocasiones a la exageración, por Ej. cuando refiriéndose a *La Galatea* afirma que "todas las novelas pastoriles murieron; apagóse el acento melodioso de las Dianas y de las Floris y sólo vive y perdura el eco de la voz argentina de la pastora que creó don Miguel de Cervantes: quiso hacer una estatua de mármol y como nada podía hacer sin animarlo de fuerza viva, su Galatea ha cobrado el movimiento de las mujeres reales: es una estatua inmortal que en las noches de luna vaga todavía entre las frondas húmedas de rocío" (p. 79-80).

Otras veces nos topamos con mayores atrevimientos;

así, en su afán de simplificar halla un antagonismo entre figuras famosas y enfrenta a San Francisco de Asís con San Ignacio de Loyola; y, sin más ni más, vierte toda su ira en el jesuita fundador: "-Hermano Francisco, -le hace decir a Ignacio en un diálogo imaginario- pierdes tu tímida elocuencia en objetos sin provecho. ¿Para qué convencer a los peces? Los peces no pecan y no tienen con qué rescatar sus pecados. No dejan herencia, no son donatarios de heredades en beneficio de iglesias y de monasterios. Vete a la ciudad. Endereza a la viuda rica hacia la senda devota; reprocha al poderoso sus faltas y perdónale y así contarás con su poder..." (p. 125-126). Francisco es un héroe. Ignacio un impío, autor de libros "descarnados y feos, en que el alma tiritaba como un mendigo en la lluvia" (p. 128). No obstante, la lección del capítulo apunta a la misericordia y la justicia, virtudes de las cuales don Quijote es un ejemplo paradigmático.

Cuando aborda el *Persiles* lo halla de la misma estirpe que el *Quijote*, donde el lector puede hallar la glorificación del sufrimiento y unos amantes generosos. En fin, un libro de amor, cortesía y galantería y su personal interpretación de que si no llegó a ser popular "es porque es antes que un libro de aventuras un libro de intimidad" (p. 146).

Al final del epílogo asistimos, nada más ni nada menos, que a la "canonización" de Cervantes: "numen de las Naciones múltiples, se ha erigido un altar en cada casa. Recémosle así; bendito sea, porque supo decir cosas bellas, ya que sólo las cosas bellas viven y perduran en el tiempo sin fin".

No hay duda de que Alberto Gerchunoff es hiperbólico en sus comentarios. Tampoco de que el autor del *Quijote* y el *Quijote* mismo son sus ídolos, simplemente porque los admira con pasión. En las palabras finales del libro quizá encontremos la clave de su hipérbole y apasionamiento. Su "agenda", su "librito" no se funda ni en la erudición ni en la sabiduría. Es más bien el resultado de la admiración y el amor que profesa al héroe, don Quijote. Por eso el libro puede ser sólo un "cuadernillo" de quien, de a ratos, en ocios hurtados a jornadas fatigantes, hace anotaciones marginales.

... En el curso del libro, hallamos otra explicación esclarecedora. Cuando identifica a don Quijote con Cervantes -"verdadero y único modelo de su héroe", la vida y aventuras del cual son el desdoblamiento de las del autor- y pondera la vida arcádica, tan cervantina y quijotesca, sorpresivamente interrumpe sus reflexiones para, en una especial exhortación, dirigirse al lector que identifica con un joven: "Muchacho que estás meditando en el empleo de tus veinte años: no temas el rigor del camino, no te espante la dificultad del trabajo penoso ni te arredre el peligro de la empresa singular" y, a continuación, lo arenga a conocer las delicias de la Arcadia y a usufructuar de la libertad, singularmente definida en el *Quijote*

No quiere ser ni quiere pasar por un cervantista, pero su mucho amor por el héroe creado por Cervantes y por Cervantes mismo lo hace su admirador. Su libro es "librito", "agenda" por humildad más que por fervor. El lector "ilustre o plebeyo" al que se dirigía en el prólogo ("De lo que estas páginas tratan") se ha convertido en la juventud veinteañera a la que conviene aconsejar o simplemente mostrar "el milagro de la poesía, que otorga tesoros a los que saben amontonarlos"; y para hacer accesible ese prodigio pone en manos del joven lector "un libro en el cual subsista, quizá, mortecino y suave, el aroma de los libros que compuso el grave y avellanado hidalgo".

No es exagerado afirmar que Cervantes en general y el *Quijote* en particular constituyeron en la vida de Alberto Gerchunoff una verdadera obsesión. Su cuento juvenil *Las bodas de Camacho* incluido en su libro también de juventud, *Los gauchos judíos*, publicado con ocasión del Centenario, en mayo de 1910, marca un hito inicial y, por el otro extremo, la muerte lo sorprende, en 1950, cuando escribía *Retorno a Don Quijote*. Perfeccionó su lengua leyendo el *Quijote*, lo llevaba siempre consigo como un breviario, y murió tras concluir el último capítulo de *Retorno*, "Del amor libertado, del amor caballeresco y del amor retórico". Cuando Manuel Kantor quiere resumir los amores del periodista-escritor los enumera así: Don Quijote, Entre Ríos, La Argentina, los judíos. Jovencito, salía de la fábrica donde trabajaba y se plegó a una manifestación pública, luego, una noche

en la comisaría. Evoca el hecho así: "De esta guisa, fresco lector de Don Quijote, me bauticé en el servicio de lo quimérico. Peleé por todas las independencias inconcebibles...". El *Quijote* lo acompañó en su batalladora y extensa labor de periodista. Conviene no olvidar que desde 1904 se desempeñó en quince diarios y en *La Nación* trabajó cuarenta y dos años.

En *Retorno a Don Quijote* -libro póstumo- se lee: "Llamo antiqijotesco a lo que se opone a la posibilidad de empuje, a la aspiración al ennoblecimiento de la vida que realza a la persona humana en su desenvolvimiento social"⁴. En otras palabras, lo quijotesco desborda ya los límites de un libro y adquiere las dimensiones de una categoría universal. El *praedicamentum* quijotesco exalta cualidades individuales y sociales para llevarlas a un nivel de excelencia. Es también un concepto de vasto alcance bajo el cual se ordenan ideas y hechos. Usando de ese alcance en el campo de la excelencia y de esa enorme amplitud en el campo ideal y fáctico, Gerchunoff ha escrito algunos breves ensayos que se reúnen en libro. Resulta casi extravagante que incluya en el libro un capítulo titulado "Monsieur de Voltaire y el Quijotismo", pero, a su modo, justifica tal título contándonos la historia de la valiente conducta de Voltaire frente al caso del comerciante de Tolosa, ejecutado por decisión del Parlamento, fundada en falsos testimonios. Así, el polígrafo francés que "no estimaba excesivamente a Don Miguel de Cervantes Saavedra, por ignorar su idioma... se quijotizó hasta afrontar con valerosa tenacidad a los follones y malandrines que torturaron, condenaron y mataron a un hombre inocente...". Hechos de valentía notables lo llevan, con explicaciones mínimas, a señalar rasgos quijotescos en Víctor Hugo, Zola y Anatole France.

En otro capítulo nos habla de un juez francés de la segunda mitad del siglo XIX, quien llegó a tropezar con graves obstáculos porque sus sentencias se fundaban más que en la erudición abogadil en la justicia simple y concreta

⁴ Alberto GERCHUNOFF. Retorno a Don Quijote. Buenos Aires, Sudamericana, 1951. p. 97-98.

... de un hombre prudente. Estaba influido por el *Quijote*, su libro de cabecera. Y nos sorprende aún más cuando leemos que el juez inspirado lo era por "el espíritu de Don Quijote, que por ser un hálito de piedad, de consoladora misericordia, de callado e indefectible coraje, es una de las tantas manifestaciones del Espíritu Santo".

"Mi maestro, mi amigo grande, mi hermano altísimo, mi amparador y mi animador bienamado", dice agradecido de Roberto Payró, en el capítulo que titula "Un Quijote argentino", dedicado a exaltar la acción del escritor, cuando desde Bruselas denunciaba, a través de *La Nación*, la ocupación alemana. En palabras de Gerchunoff, "cumplió con su misión quijotil de escritor y publicista, de huésped de una ciudad asolada por una nube de vándalos". Y, a continuación, nos descubre algo muy interesante: era Payró quien insistentemente lo instaba a leer y releer el *Quijote*.

Más adelante, en otro de los ensayos, nos habla de la caballería y de la novela de caballerías. Desde nuestra perspectiva de casi fines de siglo, la lección no resulta valiosa ni actualizada. Sin embargo, cuando luego habla de los "nuevos" caballeros andantes, la lección es permanente: "Esos emigrados peninsulares, hidalgos desguarnecidos de doblones, residuo de las guerras españolas en Italia y en Flandes, prófugos de presidios, caminadores sin oficio, porcarizos y comerciantes, soldados sin ocupación y sin paga, engendraron pueblos y colocaron en la América toda, en el hemisferio colombino, hitos de naciones". Y, a continuación, el *quid* de la lección: "el quijotismo, el impulso hacia lo personalmente fuerte, tornó posible el descubrimiento y el sometimiento de América, la implantación del idioma y de la religión de la metrópoli por un puñado de buscadores de oro, de buscadores de maravillas".

Cuando en "Don Juan Montalvo y el quijotismo" se preocupa de los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, pese a la admiración que le produce, llega a la conclusión de que el ecuatoriano "incurrió en la equivocación de escribir más lindamente, más cervantinamente que Cervantes". A pesar de sus méritos se halla en la prosa de Montalvo un "tufo arcaizante y su dejo arqueológico". Esto, claro está, bien lejos de la obra original y creadora de Cervantes que

introdujo en la lengua el neologismo, vocablos foráneos "y mezcló al léxico culto las voces que su oído de músico callejero captaba...". De *oración que merecería ser famosa* designa Borges a esta expresión en el prólogo del libro. En fin, en el quijotesco Montalvo fue más valiosa su vida que el remedo de la novela de Cervantes.

En el mismo año en que se publica *Retorno a Don Quijote*, aparece, editado por la Universidad de Buenos Aires, el valioso ensayo de Emilio Carilla titulado *Cervantes y América*, quien, casi al pasar dice: "En lugar aparte, en el camino que conduce de la glosa a la crítica erudita, *La jofaina maravillosa*, de Alberto Gerchunoff, "Agenda cervantina" construída en una prosa límpida y que abre emocionalmente el gran mundo del poeta español a lectores incipientes"⁵. El tiempo ha pasado pero este juicio sigue teniendo valor. Queda por decir que en *Retorno a Don Quijote* hallamos también un valor didáctico permanente, un llamado a la conciencia y a los sentimientos del lector para mostrarle el gran mundo de Don Quijote pero ahora exaltado a través de hombres inquietos y sobresalientes movidos por un mismo espíritu esencial: el espíritu quijotesco.

Gerchunoff ha sido perseverante, es decir, con constancia y firmeza, desde su tierna juventud y hasta su muerte, admiró al *Quijote* y a Cervantes a su manera y a su manera lo ha mostrado. Ha querido invitar a sus lectores hasta con obstinación a participar del mundo maravilloso de las letras que cuaja en el gran libro. Parafraseando a Lulio -y no es irreverencia- diremos que su perseverancia se ha cifrado en la bienaventuranza y la tribulación del amigo que, fuerte, paciente y esperanzado, amó, honró y sirvió al libro, protagonista y autor admirados⁶.

5 Emilio CARILLA. *Cervantes y América*. Buenos Aires. Universidad de Buenos Aires, 1951. p. 21.

6 Cfr. Reimundo LULIO. *Libro del amigo y del Amado*. 83. p.82.